

## Cuban

LOS SOBRENOMBRES, MOTES O DIVISAS DE LOS EQUIPOS de pelota tienen su origen más remoto en el totemismo, las agrupaciones de sociedades primitivas que se identifican con algún animal fiero o astuto para distinguirse de otras (leones, alacranes, tigres y elefantes); y en la heráldica, los emblemas que simbolizaban los atributos e historia de las familias aristocráticas (leones, otra vez, estrellas, escudos, blasones y coronas). En ambos casos se trata de códigos que se basan en figuras retóricas que van desde la alegoría a la sinécdoque: emblemas de calidades abstractas como el valor o la virtud, o el *pars pro toto* de, inclusive, prendas de vestir como las gorras y cascos, o en el presente, las medias blancas o rojas. Ambos orígenes —totemismo o heráldica— sobreviven todavía, pero sospecho que la costumbre moderna de dar mote a las novenas de pelota proviene de la práctica, en los ejércitos de la era napoleónica y postnapoleónica, de designar divisiones o batallones con distintivos que expresaran su valor, agresividad o clase de armamentos. En Cuba quedaba un vestigio de esta práctica en los Rifleros de Regla de los amateurs. Los deportes por equipo son un fenómeno decimonónico, y su organización, así como los emblemas de sus uniformes, corre paralela a la de los ejércitos nacionales, que adquieren entonces las características que todavía poseen.

No han surgido, por cierto, deportes por equipo realmente nuevos en el siglo veinte, porque su desarrollo data del momento en que nacen los nacionalismos modernos en el siglo pasado. Del Congreso de Viena podía haber salido una Liga Internacional de pelota (de haber existido el deporte entonces), además de las modernas naciones europeas. Por eso pienso que los primeros equipos de pelota que se dieron sobrenombres siguieron la práctica de los ejércitos de esa época de dividirse por grupos con distintivos propios. Porque al hacerlo, en los inicios de la práctica, los equipos a veces establecían distinciones por colores para realizar torneos intramurales entre los integrantes de un mismo club (bando punzó y bando azul que en la Cuba del diecinueve nos dieron Habana y Almendares). Una vez

que los equipos empezaron a representar poblaciones el distintivo pretendió reflejar las características de comunidades imaginarias, apelando a varios códigos culturalmente sancionados, como la mitología clásica. Así, por ejemplo, los Gigantes de Nueva York. Otras veces se apelaba a la incipiente mitología patriótica, como en el caso de los Peregrinos de Boston, que también se llamaron alguna vez Bean Eaters o Frijoleros aludiendo a una comida típica de esa ciudad, y aprovechando la aliteración. Como en el totemismo, se pretendía revelar la esencia de la comunidad al nombrar esos ejércitos lúdico-simbólicos que fueron las novenas de pelota.

Si los equipos deportivos modernos surgen en la era postnapoleónica es porque su desarrollo obedece a los mismos impulsos regionalistas y nacionalistas propios de ese período, como ya he dicho. Los de pelota fueron de los primeros equipos en representar barriadas, municipios o regiones, en vez de clubs, colegios o universidades, movimiento que culminó con los primeros juegos olímpicos modernos en 1896, en que los equipos deportivos representaron naciones, como siguen haciéndolo hoy. Los emblemas e insignias nacionales, antes sólo propios de los uniformes militares, ahora los ostentan los deportistas que representan a las naciones en simbólicas guerras mundiales. El totemismo y heráldica nacionalistas se funden y confunden en la alianza entre nacionalismo, militarismo y deporte que tan funestas consecuencias ha tenido desde entonces, con su peor momento en las Olimpiadas de 1936, presididas por Hitler en Berlín. La alianza fascista de militarismo y deporte tiene su origen en el aspecto primitivo, irracional del juego, que al organizarse por equipos transforma la violencia simbólica en vehículo ideológico: el deporte colectivo fomenta la disciplina, la solidaridad de grupo, la salud moral y física, contribuyendo así a la defensa de la patria al formar ciudadanos modelos, pleróticos de vigor y virtud. En la Cuba revolucionaria culmina esta tendencia.

Ese nacionalismo, o a veces regionalismo, sublima lúdicamente la belicosidad entre grupos en su representación deportiva, convirtiendo la guerra en espectáculo de masas ritualizado. Pero su verdadero origen atávico lo revela su complicidad con otros placeres físicos, porque la violencia y sus sustitutos simbólicos son uno de esos placeres, tal vez el más intenso, quizás porque en ellos es donde más en serio se juega a la muerte. Por eso ha habido tan frecuentemente una colaboración tácita y a veces explícita entre el deporte moderno y las industrias del placer: la comida, el tabaco, y las bebidas alcohólicas. Algunos equipos de pelota han hecho ese vínculo expreso en sus mismos sobrenombres: los Cuban Sugar Kings, que jugaron en la Liga Internacional; los Tampa Smokers, que pertenecieron a la Liga Internacional de la Florida; el Cervecería Caracas, de la Liga Venezolana; los Milwaukee Brewers, de la Liga Nacional, y así sucesivamente. Otras veces la relación es directamente de propiedad legal. Los Cardenales de San Luis pertenecen a la Cervecería Anheuser Busch, los Trigres de Detroit pertenecieron al propietario de Pizza Hut, y los Padres de San Diego al de McDonalds. En Cuba, de 1930 a 1946 el principal stadium de pelota fue La Tropical, ubicado en los jardines de la cervecería del mismo nombre. (Los que miraron la reciente Serie Mundial por

televisión habrán visto el dirigible de la Budweiser dando vueltas sobre los terrenos.) Estas relaciones delatan el trasfondo profundo del deporte organizado, que se proyecta como virtuoso y sublime nacionalismo, con los jugadores como soldados de la patria o abanderados de la virtud, pero cuyo mecanismo primordial es precisamente la sublimación del principio del placer, con su contradictoria mezcla de eros y tanatos, de amor y muerte. Si los sobrenombres de los equipos a veces denuncian ese substrato, como hemos visto, ninguno más que *Cuban*, en que la designación territorial apenas oculta el placer prohibido, sustrayéndole a ésta paulatinamente toda referencia geográfica o nacionalista. Esto ha sido así porque en el medio beisbolero el gentilicio careció desde el principio de un contenido semántico fijo asociado al país Cuba, y porque la Cuba de los norteamericanos era un área especial asociada al placer, que no era la Cuba de los cubanos. *Cuban* no quería decir necesariamente «cubano» y «cubano» no era del todo traducible a *Cuban*<sup>1</sup>.

El adjetivo *Cuban*, tiene, en los Estados Unidos, un vínculo semántico muy directo y hasta diría estable con productos que no sólo producen placer sino que además son estimulantes del organismo, ya sea como energía o como narcótico: *Cuban Coffee*, *Cuban Cigar*, *Cuban Rum*, *Cuban Sugar*, y sí, por qué no, *Cuban Music* (*Havana*, como es sabido, es un sustantivo que quiere decir en inglés tabaco, lo que los españoles y algunos cubanos cursis llaman «puro», lo cual supongo significa el placer o efecto indisoluto que produce la hoja cubana, enrollada en sí misma sin papel). Además, Cuba misma ha sido una zona de tolerancia (en todos los sentidos) para los Estados Unidos por su ambigüedad o hibridez propiciatoria; un territorio casi norteamericano donde las restricciones, prohibiciones y prejuicios se suspenden temporalmente en aras del placer; un espacio donde dejar aflorar sin trabas los deseos prohibidos en el continente. Una isla in-continente. (Quiero aprovechar aquí el sentido que tiene *tolerance* en inglés, que quiere decir algo así como el juego entre partes que se rozan, el espacio entre las mismas.)

Nunca fue más cierto lo anterior que durante la Prohibición —en los años veinte— cuando Cuba no sólo fue fuente de licores ilegales sino también base para el contrabando de los mismos, y sede de cercanos centros de diversión donde podían consumirse sin trabas. Algo paralelo ocurrió en la pelota y el boxeo. En Cuba compitieron juntos no ya norteamericanos y cubanos de todos los colores, sino norteamericanos negros y blancos entre sí, cuando apenas era posible verlos sobre un mismo terreno en los Estados Unidos. El béisbol cubano en Cuba era para los norteamericanos como las giras por la libre

---

<sup>1</sup> Desde luego, no proyecto *Cuban* contra gentilicios que reflejen o representen cabalmente regiones o países. El nombre de cada país es producto de la elaboración ideológica de un momento histórico dado. Cuba, como otros países latinoamericanos (México y Chile) optó por un nombre de origen indígena, como Francia por uno que situara su comienzo como nación en los brumosos francos. Sin embargo, el equipo de pelota de la Universidad de La Habana optó por el mote Caribes, en honor no de los pacíficos taínos de quienes se había derivado el nombre de la nación, sino de sus fieros persecutores.



que hacían los diversos equipos después de la temporada, con algo de carnavalesco y verbenero, en que se suspendían y hasta invertían las reglas —Babe Ruth fue a La Habana vistiendo la franela de los Gigantes de Nueva York, a los que por cierto no pertenecía en los Estados Unidos. La pelota cubana no era estación del año litúrgico del béisbol organizado porque se jugaba en estaciones equivocadas: el otoño y el invierno en vez del verano. Otro tanto era cierto en el boxeo. Las peleas entre blancos y negros —como los matrimonios— estaban prohibidas en muchos estados de la Unión, por lo que a veces se celebraban en zonas portuarias, sobre barcos que flotaban desconectados de la masa continental (esto ocurría también en estados en que el boxeo estaba totalmente prohibido). Cuba desempeñó ese papel para la famosa (o infame) pelea por el campeonato mundial de los pesos pesados entre el negro Jack Johnson y el blanco Jesse Willard, celebrada en Oriental Park, el hipódromo de Marianao, que era propiedad de norteamericanos, el 4 de abril de 1915. Esa Cuba desasida y flotante, isla fugitiva de placeres prohibidos, era la zona sagrada del pecado, de la liberación de los cuerpos, entregados a la violencia ritual del deporte y del sexo —zona desterritorializada, sin nombre fijo— la que designaba el gentilicio *Cuban* en el béisbol de los Estados Unidos.

Porque el deporte, como placer colectivo ritualizado, abre la brecha, en su versión más pura, hacia lo indiferenciado, hacia lo desindividualizado sin nombre propio, hacia lo carente de marca regional o individual, excepto en los roles asignados por las reglas del juego. Negro y blanco, norteamericano o cubano, se sustituyen por leones, alacranes, tigres, lanzador, tercera base, receptor, y así sucesivamente. La diferencia se aloja sólo en los códigos, en las nomenclaturas arbitrarias y artificiales, sin referencia geográfica o nacional válida, que se construyen en el proceso de sublimación como las mismas reglas de los juegos: de aquí para allá es buena, y de aquí para acá es mala,

según se pinte la raya del foul, ya sea en La Tropical o en el Yankee Stadium. Tú eres esto y yo lo otro, en este momento de lucha ceremonial que no va a resultar en muertes reales, sino en falsas, provisionales y deleitables muertes simbólicas, estimuladas por el placer de la droga —azúcar, nicotina, alcohol— o del golpe anonadante propinado o recibido. La victoria o derrota, las muertes y resurrecciones, serán productos de consumo efímero, como las drogas de efecto pasajero, como el terror que sentimos, por identificación, al presenciar tragedias —la catarsis de que habló Aristóteles era placentera, un alivio repentino de tensiones, una especie de orgasmo espiritual— sólo que en el deporte la sensación, el efecto es todavía más fisiológico. En esa isla flotante, en esa nave de los locos, ese *narrenshiff*, el deporte es *Cuban*, y así se exporta y se reimporta al territorio norteamericano.

Es un dato curioso pero poco ponderado que el primer equipo de pelota profesional compuesto de jugadores de color en los Estados Unidos se llamó los Cuban Giants.<sup>2</sup> Organizado en 1885 por Frank P. Thompson, jefe de camareros del Hotel Argyle, en el balneario de Babylon, Long Island, el equipo, como todos los de color que le siguieron hasta la fundación de la Negro National League en 1920, era independiente. Es decir, no pertenecía a ninguna liga, celebrando sus juegos según su organizador, y luego promotores dedicados a explotar el deporte negro, podía concertarlos. Los Cuban Giants no contaban con ningún cubano entre sus filas; todos los jugadores eran norteamericanos negros. Es decir, eran negros disfrazados de *Cubans*. Se dice que se pusieron *Cuban* para «pasar» por cubanos, y así esquivar algunos de los aspectos más crueles del racismo prevalente en los Estados Unidos. Hasta se cuenta que tomaban el terreno chachareando animadamente en una jergonza que, ellos suponían, sonaba a español. Yo pienso que se pusieron *Cuban* porque había equipos de pelota de cubanos en el área de Nueva York, y porque algunos de esos cubanos eran camareros de hoteles. Además, en el hotel Argyle de seguro veraneaban norteamericanos ricos que también irían en el invierno de vacaciones a Cuba, donde el béisbol formaba parte de la oferta de espectáculos de La Habana, que ya era un centro turístico importante. Los Cuban Giants alcanzaron una popularidad inusitada, sobre todo una vez que se trasladaron a Trenton, New Jersey, y algunos empresarios (todos blancos) del área de Filadelfia se ocuparon de organizarles giras por el noreste de los Estados Unidos. El triunfo fue tal que no tardaron en surgir desavenencias y disensiones que condujeron a la disgregación de los Cuban Giants originales, y a la formación de varios Cuban Giants, uno de los cuales, el que más renombre alcanzó, se llamó los Cuban X-Giants (es decir, antiguos Cuban Giants). Pero esa X en los uniformes —firma genérica, no-nombre, no-lugar, marca que no marca, lugar sin nombre— es un emblema más revelador de lo que pudiera parecer a primera vista.

<sup>2</sup> Toda la información sobre el béisbol cubano y norteamericano proviene de mi *The Pride of Havana: A History of Cuban Baseball* (Nueva York: Oxford University Press, 1999).

Estos Cuban X-Giants visitaron Cuba en el año de 1900, durante la primera ocupación norteamericana, para sorpresa de los fanáticos locales, atónitos ante un equipo de negros norteamericanos que se pasaban por cubanos. Ahora, claro, pretendían pasarse por cubanos en Cuba misma —sólo que ellos eran *Cubans*, no cubanos. Los Cuban X-Giants les ganaron al Habana y al Almendares, pero perdieron contra una selección de estrellas cubanas. Las visitas continuaron en los primeros años del siglo, luego por los ya llamados Philadelphia Giants, que jugaron un papel importante en el desarrollo de la pelota cubana; los All Nations, compuesto de blancos y negros, y otros equipos de los circuitos independientes de color. Cuba llegó, pues, a formar parte del territorio del béisbol independiente, un territorio donde la identificación de los equipos con localidades específicas era tenue, como pasaría más tarde en el baloncesto con los Harlem Globe Trotters, que no tenían sede en ese barrio de Nueva York ni jamás jugaban allí. Los famosos Homestead Grays, que tomaban su nombre de una municipalidad aledaña a Pittsburgh, tuvieron a Washington muchos años como sede.

Lo inescapable de esta breve historia es que el gentilicio *Cuban* alcanzó, ya en el siglo XIX, una cotización taquillera, por decirlo así, en ciertos círculos de la pelota norteamericana. No se le escapó esto a los promotores cubanos, que pronto montaron una contraofensiva propia con equipos que ostentaron, con más aparente derecho, la palabra *Cuban* en sus uniformes, pero aprovechándose del valor de marca que *Cuban* tenía gracias a los espurios Cuban Giants y sus sucesores. Eran cubanos pasándose por *Cubans*. Así hicieron giras por los Estados Unidos los All-Cubans, los New Jersey Cubans y luego los Cuban Stars, que se convirtieron en uno, o varios, equipos de fama entre sectores de la población negra en los Estados Unidos. Los Cuban Stars, por cierto, fueron miembros fundadores de la Negro National League, aunque signifi-



cativamente sin sede propia —eran siempre visitantes. Eran un equipo *homeless*, sin casa ni patria. Habitaban la X de los antiguos X-Giants. *Cuban* nombraba el equipo, no designaba lugar, como no fuera esa Cuba flotante donde lo norteamericano perdía sus restricciones. Llegó a haber dos Cuban Stars, East y West, que jugaban en ligas negras organizadas y de forma independiente, es decir, haciendo giras o campañas por la libre. Tal fue el impacto de la palabra *Cuban* en la pelota negra americana que, cuando Rube Foster, el patriarca del béisbol independiente de color en los Estados Unidos, formó su gran equipo en Chicago, los nombró los Chicago *American Giants*, para distinguirlo de los *Cuban Giants*, y tal vez para subrayar que, aunque negros todos, los integrantes de este equipo eran por cierto norteamericanos. *American* era aquí un gentilicio que se oponía al falso *Cuban*, buscando arraigo y legitimidad en contra de su impostura.

Al principio los All-Cubans y los Cuban Stars tenían jugadores blancos y negros, pero pronto surgieron dificultades por la presencia de éstos últimos en juegos celebrados en la Florida. Ya para mediados de la década del 10 los jugadores cubanos se habían empezado a dividir en dos grupos: los blancos jugaban en las ligas menores y mayores y los negros en los circuitos independientes de color, aunque siempre hubo flexibilidad en equipos o ligas de color, donde los cubanos blancos participaban sin mayor problema. No ocurría así al revés, por supuesto. La división formal vino cuando se fundó un equipo, que también se llamó Cubans: los Long Branch Cubans, que entre 1913 y 1914 jugaron en la Liga de Nueva York-New Jersey, y en el que se dieron cita la mayoría de las estrellas cubanas blancas: Adolfo Luque, Miguel Ángel González, Luis (Mulo) Padrón, Tomás Románach, y muchos otros. Estos Cubans eran blancos, pero, paradójicamente, habían tomado el nombre de equipos de color que se remontaban a los Cuban Giants. Eran cubanos blancos pasándose por cubanos negros y por negros que se pasaban por cubanos. Eran *Cubans*. Los Long Branch Cubans fueron un vivero de jugadores cubanos de grandes ligas, y tuvieron impacto sobre la Liga Cubana de invierno. Lo importante es que marcan la división racial entre peloteros cubanos, pero hecha desde la perspectiva de las ligas de color y desde los Estados Unidos, en la época antes de que se levantara la llamada «barrera de color» en la pelota norteamericana.

El Long Branch era un equipo que representaba un centro turístico costero de Estados Unidos, su sede en la liga, pero cuya divisa era el gentilicio *Cubans*. Pero ya *Cuban* se había convertido en componente de la heráldica (tal vez del totemismo) del béisbol norteamericano, anticipándose a nombres de equipos basados en identificación étnica o regional, como después lo serían los Yankees, los Celtics, los Irish de Notre Dame, los Crackers de Atlanta, y, por supuesto, los Indios de Cleveland y los Bravos de Atlanta, para sólo mencionar algunos. En Long Branch los Cubans eran parte del espectáculo del balneario, con algo de circense, como correspondía a la pelota de aquella época, sobre todo en los circuitos independientes de color y también en la Liga Cubana. En este sentido abrieron una brecha por la que se podía colar la

influencia del béisbol de negros en el blanco hegemónico, lo cual, por cierto, ocurría también a través de Cuba. Pero, sobre todo, los Long Branch Cubans mostraron que el gentilicio designaba —cuando y si algo designaba— zonas de placer y asueto. En Long Branch se jugaba los domingos, cuando estaba prohibido en Nueva York, por lo que los fanáticos podían tomar un ferry y trasladarse a un área, como Cuba, donde no se aplicaban prohibiciones y restricciones para disfrutar del béisbol.

La Negro National League, y con ella los Cuban Stars, sufrieron un declive considerable durante la Depresión, pero a mediados de los treinta, empezó un renacimiento que conllevó el equipo cubano, que ahora, bajo la tutela de Alejandro Pompey, se llamó los New York Cubans. (Pompey era un notorio bolítero, como muchos de los magnates de la pelota negra en Estados Unidos. Éste era el vínculo del equipo con las industrias del placer, en este caso el juego.) El equipo ambulante tuvo así, por primera vez, sede propia. Pero, como en Long Branch, el nombre tenía mucho más ya de la heráldica de la pelota americana que de gentilicio propiamente dicho. Los neoyorquinos podían ser Yankees, pero ¿cubanos? ¿Por qué no surgió un equipo que se llamara los Judíos de Brooklyn, o los Italianos de Manhattan? Porque *Cuban* quería decir otra cosa que cubano. Los New York Cubans tenían jugadores cubanos, sobre todo, pero no exclusivamente de color. También los tenían norteamericanos negros, y latinoamericanos, sobre todo también de color. Los New York Cubans se convirtieron en un equipo de latinos de color. Me parece que Cuban tenía entonces el sentido genérico que tiene *Latin* hoy porque los cubanos eran los hispanoamericanos más numerosos en el noreste de los Estados Unidos. Los New York Cubans eran, además, tal vez especialmente, el equipo de negros de Nueva York —la contrapartida de los Gigantes, Dodgers y Yankees, y el representante de la ciudad en las ligas de color. En los New York Cubans militaron el panameño Pat Scantlebury, los puertorriqueños Pancho Coímbre y Pantalones Santiago, el dominicano Horacio Martínez, y cubanos como Martín Dihigo, José María Fernández, que era el manager, su hermano Rodolfo Fernández, Carlos y Heberto Blanco, Silvio García, en fin, la crema y la nata de los peloteros cubanos negros del momento. Este equipo jugó en el Dilkey Oval, pero eventualmente en el Polo Grounds, cuando los Gigantes de Nueva York, sus propietarios, estaban de viaje (aproximando Cuban y Giants otra vez), y ganó en 1947 el campeonato de las Ligas de Color. Éstas habían tenido una época de gran esplendor durante la guerra, pero empezaban a decaer como resultado del ingreso de jugadores negros en el Béisbol Organizado. Pero los New York Cubans todavía le sirvieron de antesa- la a las mayores estrellas cubanas como Rafael Noble, Orestes Miñoso y Edmundo Amorós.

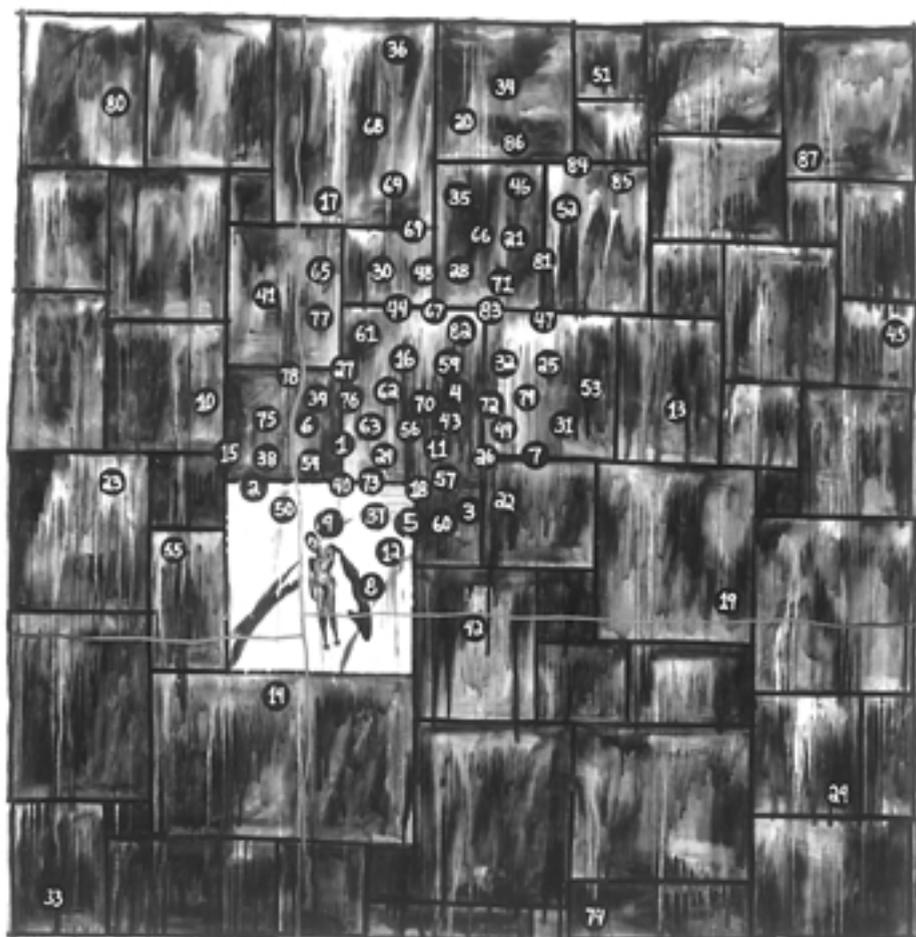
Los New York Cubans, como antes los Cuban Giants, ejercieron influencia sobre la formación y bautizo de otros equipos. En 1946 Cuba entró de forma oficial en el Béisbol Organizado con la fundación de los Havana Cubans de la Florida International League. Si se piensa bien el sobrenombre de este equipo era un pleonismo o redundancia: no podían ser otra cosa que cubanos los



Havana Cubans, pero es que *Cuban* no era ya gentilicio sino nombre de equipo de pelota hasta para designar un equipo cubano en Cuba. («Buscas a Roma en Roma, Oh, peregrino, / y a Roma en Roma misma no la hallas») Se les puso Havana Cubans para distinguirlos de los New York Cubans pero también para aprovechar el arrastre taquillero de la palabra *Cuban*, que se remontaba a los Cuban Giants. Pero los Havana Cubans, por una perversa inversión, contrastaban no sólo con los New York Cubans por sus diferentes sedes: fueron el único equipo profesional cubano que no admitía peloteros negros, porque, en la Florida, aún después de 1947, no podían jugar éstos. De los Cubans todos negros se pasa a los Cubans todos blancos. Esos Cubans, desde luego, se transformaron en 1954 en los Cuban Sugar Kings. *Cuban* identificó al equipo sin mención de ciudad sede, tal vez un vestigio de aquellos Cuban Stars que no la tenían, o porque *Cuban* aludía a esa zona de placer y tolerancia, de dulzura, no a La Habana real. En estos Cubans sí había peloteros de color, y en cierta medida fueron también la continuación de los New York Cubans, ya que, en efecto, antiguos peloteros de ese equipo jugaron con los Sugar Kings, como Rafael Noble, por ejemplo. Fueron así los Sugar Kings la síntesis de los Havana y New York Cubans, pero sin representar a ninguna ciudad específica.

¿Qué conclusiones podemos sacar de esta historia y de estas reflexiones? ¿Pudiéramos atrevernos a decir que, en el área del deporte y la farándula, en los márgenes o fronteras geográficas y sociales, los imperios generan no sólo cultura sino su parodia desmitificadora? ¿Que *Cuban* demuestra que, como simulacro de la guerra, los juegos organizados destacan lo transparente de la ideología patriótica o moral que la maquinaria de explotación deportiva, ya sea capitalista o estatal, quiere imponerle? Tal vez. Lo que sí puede decirse es que la confusión de la palabra *Cuban* permitió que algunos cubanos con no

poca sangre africana en sus venas jugaran en las mayores antes de 1947 (Roberto Estalella, Tomás de la Cruz), y que cuando llegó por fin la hora de levantar la barrera racista en el Béisbol Organizado, los Dodgers se trasladaron a La Habana en ese *annus mirabilis* de 1947 para facilitar la entrada de Jackie Robinson a su nómina. El juego, la tolerancia de la zona limítrofe tiene sus beneficios, como quizás pueda ocurrir con los topes que están empezando a celebrarse entre equipos cubanos y de grandes ligas, donde lamentablemente sobreviven ribetes fascistas en ceremonias como la montada en La Habana para que el Máximo Líder recibiera a los atletas victoriosos. Pero, sobre todo, la tolerancia, el juego, el placer, nos debe permitir a todos los cubanos y *Cubans* celebrar a ese verdadero merecedor de toda una heráldica beisbolera: el incomparable Orlando (Duque) Hernández.



*Man Carrying His Country I (1993)*  
(Hombre mirando a su país)